

HENRY KAMEN

MITO Y REALIDAD DE LA EMPRESA AMERICANA

Ante todo quiero expresar mi agradecimiento al Instituto de Estudios Hispánicos de Canarias, y en particular a su presidente el Sr. Nicolás Rodríguez Münzenmaier, por la amable invitación a participar en este curso de conferencias, y quiero expresar al mismo tiempo mi reconocimiento por su gran aportación a la dinámica cultural iberoamericanista y canaria.

Ninguna otra nación se ha dedicado con tanta pasión a debatir su pasado colonial como España, y el debate aún continúa, algunas veces inspirado por el deseo de denunciar los males del sistema colonial y otras por el deseo de defender el nombre de España en contra de sus detractores. Por fortuna, durante los últimos sesenta años, un gran número de ilustres profesores -en España, Latinoamérica y Estados Unidos- se han dedicado a investigar sobre muchos de los problemas que la experiencia americana ha planteado y han permitido que muchos de nosotros pudiéramos estudiar el pasado sin tener en cuenta a los que prefieren la polémica al estudio. No soy un especialista del tema, pero reconozco mi deuda hacia los estudiosos que han convertido Sevilla y sus archivos en el centro de su trabajo y de ese modo han hecho posible que veamos con claridad la historia del imperio atlántico. Sin embargo, mi propósito hoy es ir más allá de Sevilla. En vez de observar la aventura americana a través de ojos españoles, quiero observarla a través de ojos no españoles.

Dirigiré mi atención muy concretamente hacia aspectos del tema que quise enfatizar en mi reciente libro sobre el imperio español. La intención del libro no fue repetir lo que todos ya saben sobre la

historia de España; es más, ni siquiera trata exclusivamente acerca de ésta. Abordo la historia del Imperio español, lo que cambia ligeramente las cosas. Asimismo, tampoco se trata de la historia que aprendimos en los colegios durante aquellas pesadas lecciones que aguantábamos dormitando, sino de la narración de la más asombrosa aventura que el mundo occidental haya conocido, del primero de los grandes imperios territoriales europeos: el Imperio de España. En concreto, el libro explica cómo uno de los países más pobres de Europa se convirtió en la nación más poderosa del mundo.

Sé que esta afirmación que acabo de hacer ya es del todo dudosa, puesto que no puede suceder que un país pobre se convierta en el país más poderoso del mundo -he aquí el primer problema-. Los países pobres no suelen tener la capacidad de convertirse en poderosos. No obstante, lo imposible ocurrió en el caso de España, y fueron los propios españoles quienes quedaron totalmente asombrados ante el éxito de su pequeño país. De ello queda constancia en los comentarios de los escritores de la época, que reflejaban su orgullo y sorpresa al respecto. Francisco Ugarte de La Hermosa, por ejemplo, dijo a mediados del XVII: "Desde que Dios creó el mundo, no ha habido otro imperio en él más dilatado que el de España, porque desde que sale el Sol hasta que vuelve a salir está alumbrando tierras de esta gran monarquía, sin que en toda su carrera falten a su luz un solo instante tierras de este gran monarca". Y otro autor de la época de Felipe II, Pedro Salas Mendoza, afirmaba: "La monarquía de España abraza la tercera parte del universo, y sólo su América

CATHARUM

o Mundo Nuevo es tres veces mayor que Europa. El imperio de España es más de 20 veces mayor que lo que fue el romano". Estas citas ilustran a la perfección que la mayoría de los españoles siempre consideraron el Imperio, que llegó a ser 20 veces mayor que el romano, un gran logro que ellos habían creado con sus propias manos y del que, por ello, debían sentirse orgullosos. Un sentimiento de orgullo que todavía existe en la mente de muchos españoles que aún viven en el pasado, unos cinco siglos atrás, pero que, como el gran erudito e historiador español Ramón Carande decía, no creo que tenga un lugar en la escena. "Si contemplamos la magnitud de la hegemonía española y no nos reprochamos la pobreza que contribuyó a engendrarla -comentaba-, no por eso hemos de incurrir en la vanagloria".



La imaginación de los artistas europeos idealizó la realidad del Nuevo Mundo (Cuesta Domingo, Rumbo a lo desconocido. Madrid, 1992)

Así que, en resumen, hay problemas con respecto a nuestra percepción de este Imperio. ¿Fue una creación española y, por tanto, nuestro orgullo está justificado? La verdad es que sería fútil polemizar sobre él. Por eso, en vez de buscar polémica, creo que es mejor que dediquemos nuestro tiempo a analizar algunas cuestiones muy sencillas pero también muy importantes que, por cierto, no son sólo aplicables al caso del Imperio español, sino también a todos los imperios, sea cual sea la época en que surgieron y se desarrollaron. Y digo esto porque algunos comentaristas españoles que querían discrepar de alguna opinión mía me achacaban que sólo criticaba a los suyos, cuando en absoluto es así. Sé y afirmo que los ingleses hicieron lo mismo, lo reconocía al principio, o incluso los franceses, lo que pasa es que he dedicado mi libro al imperio de los españoles, y no al imperio francés o al imperio británico -queda por hacer otro libro más sobre otros imperios, pero yo no dispongo de la energía ni de los años para escribirlo-. Y aclarado esto, dejen que empiece con la cuestión principal, arriba citada: ¿cómo se las arregló un país tan pobre como España para crear un imperio en el Nuevo Mundo como el que tuvo? En primer lugar aunque los manuales de historia en los colegios hablan de una "conquista", es razonable matizar esta palabra de tal manera que casi desaparezca del vocabulario. En el Nuevo Mundo, la naturaleza de la empresa descartó desde el principio cualquier uso de la fuerza militar por parte de la corona. Ni Fernando el Católico, ni Carlos V consideraron la aventura americana como una "conquista". Cuando los españoles dedicaron sus energías a las tierras de ultramar, no las con-

quistaron -a pesar de las orgullosas afirmaciones de sus cronistas-. Cuando consolidaron su dominio, lo hicieron mediante los esfuerzos esporádicos de pequeños grupos de aventureros que más tarde la corona trató de someter a su control. Por lo general estos hombres, que asumieron con orgullo el título de "conquistadores", ni siquiera eran soldados. El grupo que capturó al Inca en Cajamarca en 1532 estaba compuesto por artesanos, notarios, comerciantes, marineros, hidalgos y campesinos; pequeño botón de muestra de los inmigrantes americanos y, en cierta medida, reflejo de la propia sociedad peninsular. Grupos similares entraron en acción en otros lugares del Nuevo Mundo. Un estudio que se ocupa de casi dos tercios de los europeos que tomaron parte en la conquista de Tenochtitlán demuestra que había un 94% de españoles y un 6% de otras nacionalidades, sobre todo portugueses y genoveses, con algunos griegos y flamencos. De una muestra de los españoles sabemos que eran principalmente artesanos, marineros, soldados y escribanos. Había por supuesto pocos soldados profesionales. Ni un solo ejército español fue empleado en la "conquista".

En cambio las conquistas se hicieron posibles gracias a la ayuda de los soldados indios. El historiador indio de Texcoco, Alva Ixtlilxochitl, relató cómo, justo antes del asedio de Tenochtitlán, el soberano de Texcoco pasó revista a sus hombres y "ese mismo día, los de Tlaxcala, de Huitzilán y de Cholula también pasaron revista a sus tropas, cada cacique a sus vasallos, y en total habría más de trescientos mil hombres". Toda la empresa imperial fue posible sólo gracias a la ayuda de las así llamadas poblaciones "conquistadas". Llegados a este punto, quisiera recordarles que al tratar de explicar el verdadero papel de los españoles estoy intentando huir de la mitología que ha elaborado el imperialismo tradicional para todas y

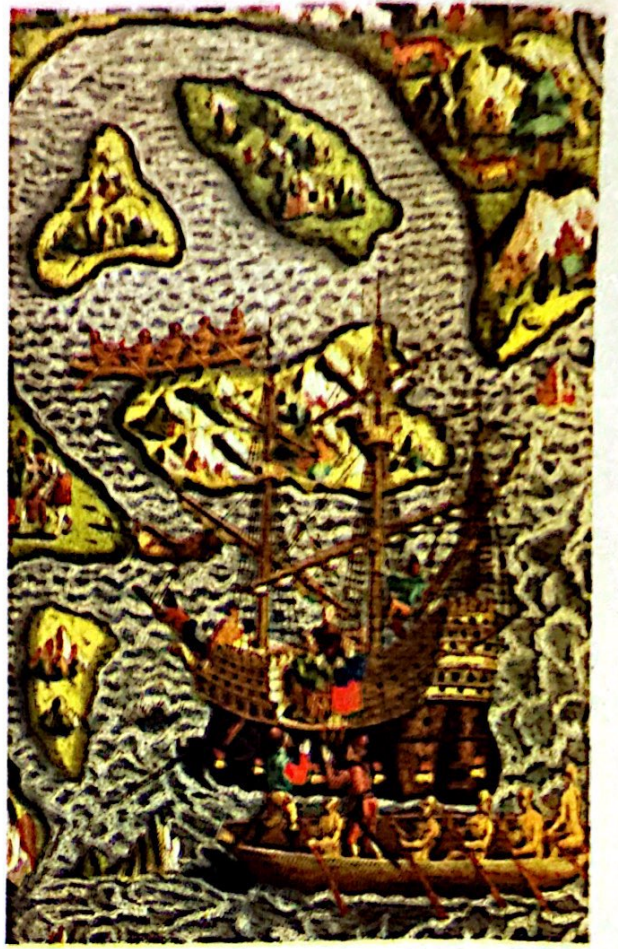
cada una de las naciones europeas, para todos y cada uno de los imperios, no ya únicamente para el español. Por ejemplo, una perdurable leyenda creada por dicha mitología acerca del primer imperio atlántico era la capacidad sobrehumana de los conquistadores, algo fácil de leer en todas las crónicas de los españoles del siglo XVI. Así, Cieza de León, uno de los primeros cronistas y testigo personal de los acontecimientos del Perú, comentaba: "¿Quién podrá contar los nunca oídos trabajos que tan pocos españoles en tanta grandeza de tierra han pasado?". Vargas Machuca, veterano de la frontera americana, afirmaba: "Hernando Cortés, con menos de 1.000 infantes, rindió un gran imperio como el de la Nueva España". Y "Quesada con 160 españoles ganó el nuevo reino de Granada".

Los españoles en el Nuevo Mundo siempre fueron pocos y necesitaron la ayuda de otros, ya fueran indígenas o de otras naciones. Y aunque hay la idea muy extendida de que eran muchos, mi opinión es que no tenían demasiadas ganas de ir a América. Las cifras totales de emigración desde la Península no indican, en modo alguno, una avalancha. Los emigrantes tenían que registrarse en la Casa de la Contratación de Sevilla y así lo hicieron alrededor de cincuenta y seis mil personas en el curso del siglo XVI. Historiadores han sugerido que esta cifra puede representar sólo alrededor de una quinta parte del total, puesto que muchos conseguían emigrar sin pasar por el sistema de control. Si se acepta este razonamiento, fueron muchos más al Nuevo Mundo de lo que dicen los registros existentes. Una estimación reciente señala que en el periodo de mayor afluencia, 1500-1650, quizás llegaron al Nuevo Mundo 437.000 españoles. Prefiero discrepar de estos cálculos. En realidad, las cifras mencionadas son proyecciones aritméticas basadas en la (improbable) suposición de que un torrente continuo de gente atra-

vesó el Atlántico. No existen evidencias sólidas de que éste fuera el caso. Evidentemente, existió una emigración no registrada, pero es probable, como se ha argumentado recientemente un historiador holandés, que las cifras fueran significativamente inferiores. La población española de las ciudades más importantes de América siempre fue reducida y se vio abastecida por niveles de inmigración bastante modestos desde la Península. Como hemos comprobado por la correspondencia de aquellos que tras obtener éxito en el Nuevo Mundo deseaban atraer a sus familias, no era fácil convencer a los españoles de las ventajas de la emigración.

Es cierto que en torno a 1570, tres cuartos de siglo después de la llegada de Colón, podían encontrarse españoles en todos los rincones del mundo atlántico. Pero su reducido número y la inmensidad del paisaje del Nuevo Mundo les impedían llevar a cabo una ocupación al estilo europeo. Nunca se produjo, desde un punto de vista realista, una "conquista" de América, porque los españoles nunca contaron ni con los hombres ni con los recursos necesarios para llevarla a cabo. Todas sus colonias fueron pequeñas y vulnerables. En 1550, no había en toda Cuba más que 322 hogares; veinte años después la ciudad de la Habana sólo tenía sesenta. En 1570, Cartagena de Indias sólo tenía trescientos. En torno a 1570, según López de Velasco, geógrafo oficial del rey, el número total de hogares españoles en todos los asentamientos del Nuevo Mundo no pasaba de los 25.000. En otras palabras, toda la población española en América habría podido acomodarse con facilidad en cualquier ciudad europea relativamente grande -por ejemplo, Sevilla-

Al situar en la correcta perspectiva el papel de España en América, podemos ver con mayor claridad el impresionante papel que la demás gente desempeñó. Ante todo, los propios nativos americanos. La



Entre la colaboración indígena de incalculable valor para el descubrimiento y conquista americana debe ser citada la de los informantes, guías, traductores e intérpretes aborígenes. Grabado de De Bry, (siglo XVI, en el Servicio Histórico de la Marina de París. Cuesta Domingo, Rumbo a lo desconocido. Madrid, 1992)

idea tradicional de una "conquista" ha hecho que los historiadores vean a los indios de América como una población sometida. Hace muchos años que los estudiosos norteamericanos dudan de la validez de esta interpretación. Muchas décadas después de iniciarse la dominación española, y especialmente en regiones remotas como los valles de Perú, las sociedades indias nativas continuaban con su modo de vida tradicional, sin verse afectadas por los cambios que con seguridad tenían lugar en el resto del Nuevo Mundo. En las zonas principales de los asentamientos españoles se desarrollaron dos sociedades paralelas: un mundo hispánico, donde todo se organizaba en respuesta a las demandas de los colonos, y un mundo indio, con su propia cultura y élite gobernante. Con frecuencia, ambas actuaban de manera autónoma durante generaciones, aunque al cabo del tiempo comenzaban a converger.

Frente a la enorme extensión del Nuevo Mundo y a lo exiguo de sus efectivos y limitada capacidad de conquista, los españoles nunca consiguieron un control adecuado de la población nativa.

La otra perspectiva de la realidad americana que muchas veces se olvida es la actuación de los extranjeros. Desde un principio, los no-españoles desempeñaron un papel significativo en la creación del imperio no sólo en Europa sino también en Asia y el Nuevo Mundo. A pesar de los intentos por controlar su presencia, había ciudadanos no españoles, sobre todo portugueses e italianos, en todas partes. La situación provocó el comentario del historiador Oviedo: "tantas diferencias y gentes y naciones mezcladas de extrañas condiciones, como a estas Indias han venido y por ellas andan". En concreto, decía el historiador, en la ciudad de Santo Domingo "ninguna lengua falta acá de todas aquellas partes del mundo en que hay cristianos, así de Italia como de Alemania, Escocia e Inglaterra y franceses y húngaros y polacos y griegos y portugueses y de todas las otras naciones de Asia, África y Europa". América era un continente demasiado extenso para abarcarlo en su totalidad, y el elemento no-español continuó siendo importante durante todo el periodo colonial.

La presencia extranjera no era exclusivamente una cuestión de asentamiento sino más bien del control de la mayor parte del comercio americano. Como la profesora Enriqueta Vila y otros han demostrado, los demás países europeos controlaban buena parte de la vida económica del continente. La trata de esclavos quedaba por ejemplo totalmente en manos de extranjeros. Quiero subrayar en particular un aspecto que normalmente se olvi-

da en los estudios sobre la gestión española en América. Se suele dar mucha importancia al comercio atlántico, sobre todo por el transporte de la plata y su indudable importancia para el imperio español. Pero hay que recordar siempre que el volumen del comercio atlántico de España es probable que fuera en todas las épocas mucho menor que el volumen del comercio atlántico de las demás naciones europeas. Alrededor de 1600, lo cito como ejemplo, el tonelaje español desplazado en el Atlántico constituía sólo una mínima parte del tonelaje comercial desplazado por los holandeses en el Báltico. En el Atlántico no se puede equiparar tonelaje desplazado con número de barcos españoles. En los primeros años del siglo XVII, los navíos de otras naciones marítimas de Europa superaron en volumen al tonelaje



El Caribe fue el área central de la actividad descubridora y colonizadora en la primera mitad del siglo XVI (Cuesta Domingo, Rumbo a lo desconocido. Madrid, 1992)

desplazado por España. Lo mismo puede decirse de las mercancías que cruzaban el Atlántico. Los españoles siempre constituyeron la parte menos significativa de los artículos llevados o traídos del Nuevo Mundo. La consecuencia de esto es que no podemos seguir tratando el Atlántico como si fuera un coto de España, como asumen los estudios clásicos de Pierre Chaunu. El imperio atlántico fue en gran medida no español; formaba más una parte de la historia de Occidente que de España.

Algún historiador ha cuestionado la poca atención que mi libro presta a la legislación del imperio americano, y acepto que he dejado fuera casi todo el tema de la gran obra legislativa de los españoles. Pero lo hice deliberadamente. En mi opinión, la impresionante imagen de un control ejercido desde la Península rara vez concordaba con lo que realmente ocurría. En la práctica, el sistema colonial español guardaba poca relación con las intenciones de los legisladores. Desde las Nuevas Leyes de 1542 en adelante, los colonos hicieron caso omiso de casi todas las leyes de España. En consecuencia, el mayor imperio del mundo del siglo XVI debía su supervivencia a una virtual ausencia de control directo. Es un hecho fundamental que tenemos que tener en cuenta para entender el desarrollo político del Nuevo Mundo. La América española dejó de ser española casi desde el principio, durante el siglo XVI. Lo que perduró durante tantos siglos, hasta su desaparición a principios del siglo XIX, fue un continente totalmente globalizado, en el que los españoles controlaban muy poco. Desde el principio, siempre hubo hombres de muchas naciones en el Nuevo Mundo preocupados por asegurar que sus pequeñas inversiones en tierras, minería, producción, comercio e incluso en el tráfico de esclavos africanos, marchasen de forma apropiada y les dieran dividendos. Poco a poco,

se fue tejiendo un tapiz de intereses que aunó a los inversores europeos, americanos y asiáticos. En un sentido real casi podemos llegar a decir que nunca hubo una América española, y que siempre era internacional. No es una exageración, es sólo otra manera de contemplar la realidad de lo que realmente ocurrió en América.

El tema clave es, por supuesto, el de la famosa plata americana. La plata americana seguía moviendo los engranajes del imperio y el vasto mercado americano abría sus puertas a los comerciantes del mundo entero. Pero los que ganaron con la plata no fueron solamente los españoles. “¿De qué sirve”, protestó un autor castellano en la década de 1650, “el traer tantos millones de mercaderías y de plata y oro la flota y galeones con tanta costa y riesgos, si viene en permuta y trueco de hacienda de Francia y de Génova?”. Esta indignación era justificada, pero también injustificada. Desde la época del emperador, si no antes, España había podido explotar sus limitados recursos precisamente porque estaba inmersa en una red global que suministraba los servicios básicos -créditos, reclutamiento, comunicaciones, barcos, armamentos, etc.- que permitían el funcionamiento del imperio. La plata tenía que actuar fuera del país, de otro modo habría resultado inservible. Hasta el fin de la dinastía Habsburgo, los españoles se obstinaron en no reconocer que tenían que compartir su riqueza para que fuera productiva. Y durante los dos siglos anteriores la plata de hecho había servido como mecanismo para ayudar la economía americana. Los ingleses, holandeses y franceses se llevaban buena parte de la producción americana de plata, pero sus actividades ayudaban a las colonias. Los funcionarios españoles del Caribe se quejaban de la actividad comercial de los extranjeros y declaraban que estaban arruinando las colonias. Era verdad sólo en parte. Comerciantes y contrabandistas extranjeros ayu-

daron a crear en el Caribe un sistema de comercio normalizado en el que las restricciones del sistema oficial condenaban de facto a las colonias a la frustración económica. Como en otros rincones de su vasto imperio, España no contaba con medios para regular de manera adecuada el comercio de los territorios que reivindicaba. De no existir comerciantes ilegales, el suministro y mantenimiento de la gran mayoría de los asentamientos gestionados por los españoles se habrían derrumbado. En realidad, los comerciantes extranjeros hacían posible, a su modo, la supervivencia del imperio.

En todo este argumento que he presentado hoy, he insinuado que la participación de los españoles en el imperio americano era muy a menudo menor que la de otra gente, tanto indígena como extranjera. El caso es que uno de los primeros principios de toda empresa tan vasta como un imperio es que desde luego su consecución no se puede lograr con las fuerzas de un solo país. Y dicha regla, que es fundamental, rige toda la historia, incluso a los romanos, pero aún más en el caso español. Sé que muchos de los que hemos sido educados en la historia tradicional, encontraremos difícilmente aceptable que un imperio deba ser de todos; sin embargo, debemos rendirnos ante la evidencia, porque por supuesto es indiscutible que no sólo los españoles participaron.

En pocas palabras, la historia del Nuevo Mundo no se puede estudiar como si fuera una extensión de la historia española, porque ya a partir del siglo XVI América no es española sino que forma parte de la historia internacional. A finales del siglo XVI, España se había convertido en parte integrante de una red cosmopolita que incluía las dos mayores vías de intercambio del comercio internacional de Europa: el de las Américas y el de la Asia oriental. Este vasto entramado co-

mercial tenía la apariencia exterior de un imperio dominado por España. Visto desde su interior, sin embargo, era un edificio cuyas arterias vitales estaban controladas por no-españoles. Al igual que hoy en día colaboramos con el imperio norteamericano cada vez que compramos una hamburguesa o bebemos una coca cola, todos colaboraron entonces por el bien de la empresa imperial. En el siglo XVI, las



La Noche Triste. Los españoles se retiran de Tenochtitlán, mientras los indios aclaman a Cuítlahuac como su nuevo rey. Pintura española del siglo XVII

élites napolitanas, genovesas, borgoñonas, flamencas, de los nahuas de México, peruanas, chinas y japonesas ofrecieron una colaboración voluntaria cuyo esfuerzo común obtuvo importantes frutos para el comercio de América y por tanto del mun-

do. Visto desde el prisma actual, esta colaboración económica se puede considerar el primer ejemplo de globalización, porque el Imperio español era una empresa internacional en la que participaban muchos pueblos. Por vez primera en la historia, un imperio internacional integraba a los mercaderes del mundo en una interminable cadena comercial que permitió el intercambio de productos, enriqueció a los comerciantes y globalizó la civilización. Los esclavos africanos llegaban a México, la plata mejicana llegaba a China, las sedas chinas llegaban a México y después a Madrid. En el siglo XVII, el mundo colaboró en el esfuerzo de apoyar a España, y gracias a la colaboración de todos estos pueblos el Imperio crecía y la economía española florecía.

Pero dejemos estas anécdotas a un lado porque, para concluir, quería dirigir unas pocas palabras tanto a los primerizos en la historia de España como a los que han aprendido una historia clásica y ahora se sorprenden con las nuevas interpretaciones de la historia del país. En primer lugar, deben tener en cuenta que la función del historiador es descubrir la verdad, no encubrirla. Al estudiar la historia descubrimos una evidencia y nuevas maneras de entender el pasado, y si privamos a los españoles del monopolio de la gloria de haber creado un imperio americano, también les eximimos del monopolio de la culpabilidad. Así, deja de existir de golpe la leyenda negra, por lo que entonces los malos no sólo fueron Cortés y sus hombres, sino muchos otros también, como los mejicanos que les ayudaron, por ejemplo. Y por esa misma regla de tres, no sólo los españoles fueron culpables de lo malo que sucedió en el Nuevo Mundo, sino también y quizá más los italianos, los holandeses, los alemanes y hasta algún inglés, loco y católico, aunque me cueste decirlo, como aquel famoso Thomas Gage que sirvió fielmente durante años como párroco

en Guatemala y luego huyó a Inglaterra y publicó la obra que inspiró a Cromwell para que llevara a cabo la ocupación de la isla de Jamaica.

Con todo ello, a pesar de que la historia del Imperio español es muy apasionante, sólo algunos pocos han intentado estudiarla. Hace treinta años existía la esperanza de que el estudio del continente americano se extendería en Europa, pero esta esperanza no se ha cumplido. En España, el estudio de América ha florecido, pero nunca como habría sido de desear. Los norteamericanos mantienen todavía el liderazgo de la investigación, y sus libros sobre el tema son toda una notoriedad. No en vano, ¿quién fue el primer historiador que analizó el desastre demográfico ocurrido después de la llegada de Colón, esto es, la desaparición de millones de indios? Un norteamericano. ¿Quién fue el primer historiador que inspiró tantos estudios sobre la vida de Bartolomé de Las Casas? Un norteamericano. ¿Quién fue el primero en estudiar el impacto ecológico de la presencia española en América? Otro norteamericano. Entonces, lo que querría dejar bien claro es que ya es tiempo de que nosotros empecemos a estudiar nuestra propia historia, a estudiar las raíces de nuestro propio pasado. Desde luego, es una historia difícil pero fascinante, y espero que mis palabras sirvan de inspiración a quienes me escuchan y se dediquen a estudiarla.